

**La maldición del Señor recae sobre la casa de los malvados,
pero bendice la morada de los justos.
Proverbios 3:33 – Una historia proverbial
de Ted Hildebrandt y Chatgpt**

En el tranquilo pueblo de Gray Hollow se alzaban dos casas, separadas por una cerca blanca y décadas de amargo resentimiento. A la izquierda de la cerca vivía Elias Granger, un hombre cuya riqueza era la comidilla del pueblo. Su patrimonio era vasto y lujoso, pero carecía de amor. A la derecha vivía Miriam, una viuda con sus tres hijos en una modesta cabaña con poco más que un huerto.

Años atrás, Elías había amasado su fortuna de forma despiadada: estafando a vecinos, sobornando a funcionarios y apropiándose de tierras que nunca le correspondieron. El difunto esposo de Miriam fue una de esas víctimas, obligado a ceder sus tierras de cultivo durante una sequía, para morir un año después de la angustia por la pérdida. Muchos en el pueblo le daban la espalda a Elías con desdén o disgusto, pero Miriam nunca dejaba de saludarlo con un gesto amable, incluso cuando él se burlaba de ella.

Una tarde, una tormenta llegó del mar, más oscura y furiosa que cualquier otra que el pueblo hubiera visto. Los relámpagos rasgaron el cielo y los vientos aullaron como bestias. Los árboles cayeron y los techos se rasgaron como pergaminos. La mansión de Elías, a pesar de su grandeza, no pudo resistir la furia. Un rayo cayó sobre la imponente cima de su casa, prendiéndole fuego. El fuego rugió. Al principio, nadie acudió a ayudar.

Pero desde el otro lado de la cerca, el hijo mayor de Miriam vio el humo. Sin dudarlo, despertó a su madre y hermanos. Con cubos en la mano, corrieron hacia el infierno. Miriam pidió ayuda, y los aldeanos la siguieron, liderados por la mujer a la que habían llegado a admirar. Juntos, salvaron lo que pudieron. Elías permaneció en silencio, atónito, con su gran mansión ardiendo, su orgullo reducido a cenizas.

En los días siguientes, Elías fue visto sentado en el porche de Miriam, envuelto en una de sus viejas colchas, con la cabeza gacha. Una vez dentro de la casa de Miriam, se quedó mirando la chimenea, donde, sobre la repisa, notó una placa bordada: «La maldición del Señor cae sobre la casa de los malvados, pero bendice la morada de los justos».

El otrora poderoso hombre comenzó a cambiar. Devolvió tierras, pagó a quienes había estafado y ayudó a reconstruir hogares. Ayudó a Miriam y a sus amigos a restaurar lo que estaba dañado. Vendió lo que quedaba de su mansión y donó las ganancias para

reconstruir la escuela del pueblo. La gente notó el cambio , no en su riqueza, sino en sus ojos. Ya no ardían de codicia, sino que se llenaban de gratitud, generosidad y alegría.

Una tarde de otoño, se sentó frente a Miriam en su sala de estar.

“Nunca entendí”, dijo en voz baja, “por qué me ayudaste”.

Miriam sonrió, señalando la vieja placa bordada: «La maldición del Señor cae sobre la casa de los impíos, pero bendice la morada de los justos» (Proverbios 3:33).

Asintió, con lágrimas en los ojos. Por fin había encontrado sabiduría en la simple verdad de ese viejo proverbio.